

LA REPERCUSIÓN LITERARIA DEL 98 EN PUERTO RICO

María CABALLERO WANGÜEMERT

Universidad de Sevilla

La crítica sobre la literatura hispanoamericana ha venido atravesando distintas fases al hilo de los avatares de la propia creación literaria. Si en los años cincuenta, la novela de la tierra y el indio acaparaban la atención de las páginas dedicadas al Nuevo Mundo, las nuevas técnicas y la riquísima renovación que supuso el tópicamente denominado *boom* llevaron aparejada la presencia de una teoría y crítica literarias centradas en el siglo XX. Se sucedieron ininterrumpidamente los estudios sobre la nueva novela hispanoamericana... Los narradores —Vargas Llosa, García Márquez... y tantos otros encabezados por Alejo Carpentier— reconocieron sus deudas con las *crónicas de Indias*, un género cuyos valores literarios se habían considerado casi nulos hasta entonces. A partir de aquí, el binomio *historia/ficción* marcó la crítica de la literatura hispanoamericana durante la segunda mitad de los setenta y parte de los ochenta; y llevó aparejada la revalorización de la *literatura colonial*.

Este mínimo excursus viene al caso para recordar que el vaivén pendular de modas críticas hace ya algunos años puso sobre el tapete, como objeto de investigación, el siglo XIX. Hasta el punto de que el que fuera considerado desde esta óptica como "siglo cenicienta" cuenta en su haber con importantes trabajos —los de Hobsbawm, González Stephan, Ramos, Anderson, Bhabha... y otros¹— destinados a bucear en las claves de lo que pudo ser en su momento *imaginar la nación*², o acotar la *fundación y fronteras de la ciudadanía*...³. Es evidente que la problemática de las nacionalidades —tema central en la Europa del XIX— irrumpe con fuerza en este final del siglo XX. Para el caso de Puerto Rico —y pretendo ir aterrizando por la falta de tiempo; dejamos una serie de cuestiones abiertas para el coloquio—, a la polisemia del término *nación* se añade una consideración básica: en absoluto es obvio que exista un correlato entre la aspiración a la soberanía política y la identidad cultural de la Isla... No lo es en esta recta final de nuestro siglo. Pero tampoco lo fue en el XIX, cuando al estallar los diversos movimientos de independencia se superponían múltiples identidades... La nación tendrá mucho que ver —y en eso consiste la *excepción americana* (Guerra, 93-134)— con un pacto político dependiente de la unión de voluntades; y mucho menos con la tan traída y llevada *identidad cultural*.

Pero ¿qué hay de la circunstancia y literatura puertorriqueñas a fines del siglo XIX? De entrada podría decirse que presentan singularidades respecto del continente, si bien a distintos niveles. La literatura sigue su curso tras su tardía aparición en el primer tercio de siglo: cuadros costumbristas, la herencia romántica de Bécquer en él *Aguinaldo puertorriqueño* (1843) y *El jíbaro* —colección de relatos ésta última escrita por Manuel Alonso en 1849—; los tanteos novelísticos de Tapia y Rivera dentro de la escuela realista como mandaban los cánones —por supuesto europeos, porque el canon oficial no se hace eco de la problemática circunstancia política subyacente a la Isla, que no es otra que la dependencia de la vieja metrópoli—. Las tímidas propuestas autonomistas —incluso la concesión de un estatuto en esta línea por parte de Cánovas— serán incapaces de frenar los acontecimientos; y la invasión americana del 98 cierra un proceso que tuvo sus apóstoles en Betances (1827-1898) y Hostos (1839-1903). El abolicionismo, la búsqueda insistente de independencia para la patria —y no conviene olvidar que es éste término, *patria*, y no el de *nación* el que se utiliza entonces— y la denominada *cuestión antillana*, es decir, el anhelo de lograr una confederación... “con caracteres propios, que actúe como nivelador necesario entre la América sureña casi subdesarrollada, y el norte representado por el pujante poderío de los Estados Unidos”⁴, son las cuestiones prioritarias. En otro lugar he recordado cómo pertenece a Hostos... “la idea de una confederación antillana, idea lanzada en su *Peregrinación de Bayoán* (1863) y aceptada e incorporada inmediatamente por Betances y la mayoría de los independentistas cubanos y puertorriqueños” (Caballero 1992a, 237)... No hay que olvidar que la gigantesca figura de Martí estuvo íntimamente conectada a los personajes e ideales que traigo a colación.

Así las cosas, se produce el impacto del 98, fecha emblemática para Puerto Rico. Los hechos políticos señalan el umbral de una nueva época caracterizada por cambios radicales en varios órdenes. Pero, a corto plazo, la literatura no reacciona. Se ha constatado el retraso en la llegada del *modernismo*... con todo lo que este movimiento significó de esplendor para la literatura del Nuevo Mundo. En narrativa no se publica demasiado: se alarga el naturalismo y la figura de Zeno Gandía llena todo un cuarto de siglo de creación literaria desde *La charca* (1894) hasta *Redentores* (1923)... Esa imagen de un mundo enfermo tan cercana a los determinismos naturalistas de Alcides Arguedas y algún otro, y que debe tanto, no sólo a la filosofía subyacente al naturalismo, sino también a una serie de textos relativos a la Isla como el del abate Raynal (1772)⁵ y *El viaje a la Isla de Puerto Rico* de Ledrú (1810)⁶, estudiado por Aníbal González; esa imagen de un mundo enfermo —decía— se aplica en el caso del último Zeno Gandía a la órbita urbana y al incipiente problema de la inmigración. Pero hay más: tal vez a causa de su larga existencia, Zeno Gandía alcanza a ver

cómo surge toda una nueva inquietud en torno a la identidad de Puerto Rico como pueblo. Inquietud que, en un primer momento, utilizará el ensayo como cauce de expresión adecuado a sus intereses. Y se plasmará en la denominada *generación de Índice*—que tomó su nombre de la revista editada a partir del 29, como una iniciativa paralela a la creación del *Departamento de Estudios Hispánicos* (1927)—. Inevitable citar dos ensayos que aglutinan los intereses de la *generación del treinta*: *Insularismo* (1934), de Antonio Pedreira y *Pronuario histórico de Puerto Rico* (1935), debido a Tomás Blanco.

En resumen: esa generación del 98, la que debió ser la generación del trauma, no cuaja literariamente en Puerto Rico en un grupo fuerte y compacto en torno a ese motivo. Y ello no se debe a la inexistencia de una *generación continental coetánea*: existe y es la famosa de 1900...⁷. Pero por lo que se refiere a la Isla habrá que esperar más de veinte años para encontrarse una afirmación tan fuerte como la de Zeno, vertida en una famosa encuesta publicada en *Índice* el trece de julio de 1929 bajo el título “¿Qué somos? ¿Cómo somos?” Allí el escritor, con una cierta parquedad pero rotundamente, define a Puerto Rico como “nación de rehenes”; para, a continuación, concluir: “fuimos mejores que somos. En nuestro país hay depresión”... No se hace eco directo del problema político; más bien sale al paso del tradicional enfoque determinista—al que él mismo se adscribiera en su día—según el cual, el puertorriqueño es “resignado”. Esa caracterización debería—según él—aplicarse a la colectividad... “tímida, perpleja, resignada”; pero no a los individuos concretos a quienes describe como valientes, con innato sentido del ritmo, fuertes ante la indiferencia y el hambre, idealistas, adaptables a todos los climas, si bien poco dados a la risa fácil... El escritor termina su aportación—tan utópica en este momento; podría pensarse que está plasmando más un ideal que la realidad inmediata—con una preocupada referencia a las nuevas generaciones que imagina en brazos del placer muelle, materialista e infecundo...

Está clara la referencia al gigante del Norte que había recorrido el continente en los textos de la generación de 1900, la generación de Rodó quien en su *Ariel* condensara un problema detectado años atrás por otros muchos escritores modernistas... El asunto es muy conocido y ha sido bien estudiado, entre otros, por el profesor Lago Carballo—⁸. Lo dejo también al margen, para un posible debate. Ahora me interesa una cuestión mucho menos trabajada y más actual en la que centraré mi comunicación. Me refiero al impacto del 98 en la literatura puertorriqueña del último tercio del siglo XX, concretamente en su narrativa.

Porque es entonces cuando aparecen una serie de textos en que la referencia al 98 y sus secuelas en la Isla es importante. Su cauce es el de la novela histórica producida en Hispanoamérica a partir de los setenta, cuyo telón de

fondo es el revisionismo plasmado en el ensayo durante la primera mitad de siglo... En Puerto Rico remite sin paliativos a la *generación de Índice*, la *generación del treinta* ya citada; y salta —con escasas muestras en textos aislados pertenecientes a escritores de la *generación del cincuenta* como Marqués— a los autores de la denominada *generación del setenta*. Ésta puede considerarse la última generación canónica, la más brillante y productiva hoy —dentro del rico panorama literario de la pequeña Isla—; aunque empieza a vislumbrarse ya un nutrido grupo de jóvenes con deseos de instalarse también en el canon... Sin ánimo de exhaustividad, voy a citar y glosar hasta donde sea factible unos cuantos textos cuyo eje escondido es el impacto del 98, la sustitución de la soberanía española por la norteamericana y las consecuencias del hecho en la sociedad puertorriqueña del siglo XX: *La llegada. Crónica con ficción* (1980), de José Luis González; *Seva. Historia de la primera invasión norteamericana de la Isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898* (1983), de Luis López Nieves; *Puertorriqueños. Álbum de la Sagrada Familia Puertorriqueña* (1984), de Edgardo Rodríguez Juliá; *El cruce de la bahía de Guánica* (1989), del mismo Edgardo; y *La casa de la laguna* (1995), de Rosario Ferré...

Por lo que se refiere a *La llegada*, el auge del género “crónica” en su país y la cercanía del 98 han propiciado una segunda edición (Río Piedras, Huracán, 1997) de un texto pionero, con el que José Luis González —conocido escritor de la *generación del cincuenta* exilado en México hasta su muerte acaecida en el 96— se adelantó a los autores del *setenta*. Se trata de un relato en trece capítulos o fragmentos numerados linealmente, cuyo sentido es reflejar el impacto de lo que eufemísticamente se denomina “la llegada”, es decir, la invasión norteamericana de la Isla. El argumento es simple: los españoles se retiran dos semanas después del desembarco en Guánica... En esa retirada pasarán por un pueblo cuyas fuerzas vivas aguardan expectantes, obligadas a tomar posiciones frente a los yanquis invasores, quienes se instalarán allí pacíficamente en el último capítulo... Relato de estructura sencilla —que no descuidada— porque para su autor el texto debe ser testimonial y comprometido con un mensaje que debe quedar muy claro al lector. Desde su militancia marxista González enjuicia la realidad nacional como un todo fragmentado en clases sociales, en grupos que reaccionan de forma previsible. En ese sentido, los personajes de *La llegada* son tipos, meros portavoces de las propuestas políticas que —según él— se sucedieron en el 98: Benítez es el liberal autonomista, para quien... “entre ser colonia de España y estado de la Unión americana” (22) no existe demasiada diferencia. Simboliza a la élite oportunista que tras el fracaso de la forzada autonomía que, en el último momento, propuso Cánovas para la Isla, se hizo la ilusión de poder ser un comensal privilegiado en el banquete del nuevo orden que, con toda seguridad instauraría el país más poderoso del

mundo. El capítulo segundo recoge un intercambio de opiniones entre Benítez y su mujer que deja muy clara la postura anexionista:

—¿Y no tendremos que dejar de hablar español para...?

—No veo por qué tendríamos que renunciar a nuestro idioma y a nuestras costumbres. Es lo que estaba diciéndote: cada una de esas repúblicas federadas conserva su personalidad, sus tradiciones, sus... (...). Tendremos que aprender inglés, eso sí, pero sólo para entendernos con ellos; y, ¿a quien le viene mal saber un idioma más? (...). Y, por otra parte, hay que pensar en las ventajas económicas que significará ser parte de la nación más rica del mundo. Sobre todo si consideramos que, siendo la más rica, no puede producir el azúcar que necesita. Puerto Rico, dentro de ese mercado, estará destinado a convertirse en un verdadero emporio... (23-24).

Su postura se contrapone a la del independentista nato, D. Adrián Colomer, que aparece recogida en el capítulo siguiente. Es... "un hombre en espera" (32), al que duele la inoperancia de un separatismo isleño que hubiera debido aprovechar la debilidad española; debilidad evidente, ya que la invasión norteamericana se estaba convirtiendo en un simple "paseo". Es el portavoz del separatismo histórico: respeta a Betances y Martí y se siente traicionado por Muñoz Rivera, el líder que está gestionando el futuro de la Isla en Washington. La proclama del general Miles —... "sedicente portador de las bendiciones de la libertad y la civilización"... (34) apunta irónicamente el texto, con un guiño al lector que conoce toda la polémica *civilización/barbarie* subyacente en la literatura hispanoamericana desde el *Facundo* hasta hoy—, esa proclama levanta en su ánimo una serie de amargas reflexiones que el *estilo indirecto libre* se encarga de subrayar:

¡Pueblo inocente!, pensaba don Adrián. "Le hacen cuatro promesas, le cambian un pabellón ajeno por otro más ajeno aún, y se siente redimido. ¡Pueblo inocente!" (34).

El espectro político básico en el momento de "la llegada" se completa con la figura del alcalde Camuñas, fugazmente entrevistado en los capítulos cinco, siete, ocho y trece. Es el español débil y acomodaticio que lo mismo acoge al compatriota herido, que preside resignadamente la entrada americana con la inevitable ceremonia de cambio de banderas. De hecho la novela se cierra así:

Y se imaginó, con absoluta buena conciencia, preguntándole al capitancito traductor cómo se decía en inglés aquello de que lo cortés no quita lo valiente (152).

Está claro que no hay resistencia alguna... la vieja épica, el honor hispano del barroco no aparece ni por asomo en este relato posmoderno en el que las fuerzas vivas han perdido las ilusiones muchos años atrás —si alguna vez las tuvieron—. No son únicamente los políticos quienes danzan según soplen los vientos; sucede lo mismo con el pueblo, desde el cura —escéptico y débil, caracterizado a partir del consuetudinario anticlericalismo—; hasta el negro Quintín o Nila, su anciana mujer. Se mueven en el ámbito de la pasividad, convencidos de que serán eternos marginados en cualquier situación política

—sobre todo si son negros, y hay que decir que el texto sugiere la presencia de un racismo social como residuo de esa no tan lejana esclavitud en las Antillas—. Por último y para cerrar esta desolada y antiheroica galería de personajes—tipo, podría citarse al anarquista Catalino Romero, quien no será sino una pobre e inoperante caricatura temblorosa...

Hablé de cerrar esta galería de personajes, pero ¿qué pasa con los norteamericanos? Ocupan los capítulos diez y doce del relato. Funcionan desde la doble óptica de la superioridad racial y la incompreensión hacia el país que se ven obligados a invadir por haber sido *invitados* a ello... El coronel es un hombre desencantado, que considera la guerra como asunto de políticos de salón, planteado desde Washington para pescar dólares y votos... El monólogo sirve como cauce adecuado para expresar su malestar por saberse simple instrumento de intereses que le sobrepasan:

Y en todo caso, ¿qué les habría costado decidir lo de Puerto Rico al mismo tiempo que lo de Cuba? Pero, no; tuvieron que esperar el verano, el endemoniado verano tropical, para resolver que a los españoles había que echarlos también de la otra isla. Esta otra isla que ni siquiera sabían bien dónde quedaba, y por eso tuvieron que echar mano de los mapas cuando aquellos puertorriqueños hijos de ingleses o irlandeses mestizados (eso tenían que ser el tal Henna y el tal Todd que le habían mencionado en los pasillos del Departamento de la Guerra) corrieron de Nueva York a Washington con el recordatorio de que España tenía otra colonia en el Caribe. ¡Y todavía pretendieron que los incorporaran a la fuerza en representación de quién sabía qué comité de buscabullas revolucionarios! (105-106).

El coronel es un conquistador lúcido y amargado, un simple agente de los acontecimientos... Por lo que se refiere a la óptica americana, el narrador se apoya siempre en la ironía desacralizadora que le permite acusar no sólo a los norteamericanos, sino también a tantos puertorriqueños que jugaron bazas no muy limpias; y no hay que ser muy perspicaz para descubrir agazapado detrás de ese narrador tan transparente a un José Luis González con opiniones muy radicales al respecto. Según él, los puertorriqueños han sido incapaces de detectar y oponerse a la manipulación lingüística que, desde sus raíces históricas, los tiene sojuzgados. El coronel —que en este caso es su portavoz— plantea muy claramente la cuestión según va avanzando hacia el pueblecito que debe conquistar:

...porque era la primera plaza en la que entraba como jefe de los conquistadores. No, no, conquistadores no, enmendó enseguida su pensamiento: libertadores era la palabra apropiada. He ahí, se dijo, en qué consistía el arte de la política: saber expresar algo con una palabra que significa exactamente lo contrario de lo que se tiene en mente... (140).

En conclusión y dejando al margen los valores indudables del texto que intenté subrayar en otro momento⁹, González ha querido poner de relieve el entreguismo de los suyos glosando la —según él— pacífica y vergonzosa ocupación americana a fines del XIX. Cabría añadir que *La llegada* debería leerse

junto a su correlato, el popular ensayo *El país de cuatro pisos* (1980), en el que se reafirma en sus tesis. Ese es un asunto muy interesante sin duda, pero que de nuevo escapa a estas páginas. Lo he tratado en parte en mi artículo sobre esta "crónica con ficción" y a él les remito.

Muchos¹⁰ otros escritores —y evidentemente los que ya pertenecen a una generación posterior, la del *setenta*, como Rodríguez Juliá o Rosario Ferré— tocan este asunto en sus textos. Ferré lo hace en *La casa de la laguna*¹¹, concretamente en su capítulo dos, en el que llega a la Isla el español Buenaventura, creador de la futura saga familiar de los Mendizábal. Y llega justo a tiempo de presenciar como turista asombrado la famosa parada de 4 de julio del 17. Ferré utiliza el *sumario* para poner en antecedentes al lector sobre la historia de Puerto Rico desde el siglo XVIII. Su destino estuvo siempre unido al cubano y por ello... "cuando España perdió a Cuba, dejó ir también a Puerto Rico. ¿Será una isla tan pobre que no vale la pena luchar por ella?—se preguntaba Buenaventura. ¿O estaría España tan exhausta al final de la guerra hispanoamericana que no le fue posible seguir luchando?—" (26). A través del monólogo interior indirecto y desde el asombro de la otredad, el narrador contrapone la lógica del emigrante extremeño a los hechos que se están produciendo en la Isla, en ese momento isla de ciudadanos de ninguna parte, prisioneros de sus doscientos setenta kilómetros cuadrados y a los que la concesión de la ciudadanía norteamericana llevaba a celebraciones como la mítica parada que contempla Buenaventura —reflejada con cierta distancia irónica en el texto—. Como fenómeno de masas, el espectáculo no tiene desperdicio y funciona con la falta de lógica habitual en estos casos:

Una muchedumbre enorme se encontraba reunida sobre la acera para ver la parada. Una señora que llevaba una gorra blanca y almidonada sobre la cabeza, con una cruz roja cosida encima, se le acercó y le ofreció un banderín americano.

—Agite el banderín cuando pase el gobernador Yager en su Studebaker descapotable, y grite: God Bless America! —le dijo con entusiasmo. Buenaventura aceptó el banderín, quitándose el sombrero cortésmente (29).

Lo hace así, no sin recapacitar sobre... "la ingenuidad refrescante, una confianza en el futuro y en la bondad del prójimo, que le resultaban asombrosas" (30)... acostumbrado como estaba al desengaño hispano. No obstante, al escribir esa misma noche al amigo extremeño, señalará con agudeza: "Aquí hay que estar dando pruebas de lealtad ciudadana a diestra y siniestra" ... (32).

Dejemos por el momento *La casa de la laguna* para retornar atrás. Y retornar a dos textos de un escritor de la misma generación que Ferré. Me refiero a Edgardo Rodríguez Juliá que ha tocado el tema que nos ocupa, de manera más o menos extensa, al menos en dos obras: *Puertorriqueños. Album de la Sagrada Familia Puertorriqueña a partir de 1898*¹²; y *El cruce de la bahía de Guánica*¹³. En otro

lugar tuve ocasión de enmarcar ese género "crónica" en que destaca Juliá...¹⁴. No lo toco ahora. No obstante, desearía subrayar que la recreación que mediante *sumario* hiciera Rosario Ferré de la famosa parada de 4 de julio del 17 corresponde a un tratamiento intertextual del capítulo cuarto de *Puertorriqueños...* que se titula: "¡Llegaron los americanos!" (19-33). Quiero dedicar unas líneas a glosar un poco este asunto, estudiando el desarrollo de Juliá, mucho más amplio y teñido por la ironía que caracteriza habitualmente sus textos. El capítulo se abre así:

Y mientras tanto, ¿qué pasó en Puerto Rico? ¿Cómo cambió el paisito en ese salto de la hacienda Maricao al estilo californiano Miramar? Pues entre otras cosas, ¡llegaron los americanos!" (19).

El diminutivo apunta a uno de los signos del escritor, la ternura con la que contrarresta su ácida ironía, utilizada para diseccionar a sus compatriotas. Aquí desde esa ironía —que se manifiesta en el distanciamiento lingüístico del narrador— contraponen las dos versiones del 98: el *trauma* la "oportunidad de modernizar y democratizar a Porto Rico bajo el protectorado de ese gigante del Norte, modelo de Progreso, Democracia, Sanidad y Orden" (19). En la ficción, el asunto se desencadena a partir del comentario de un supuesto álbum fotográfico de los antepasados y amigos. Ello permite realizar toda una indagación entre psicológica y sociológica de esos *tristes trópicos* (21) de los que hablarán tanto Levi-Strauss como Clara Lair... Escritura voluntaria y obsesivamente intertextual, que se inserta en la tradición puertorriqueña de este siglo preocupada por encontrar una identidad a la Isla.

El capítulo está estructurado a base de dualidades: el civismo yanqui/la disposición gregaria del puertorriqueño...; el atraso hispano/la sanidad yanqui: "había que sacar al país de la *inmundicie* en que nos dejaron los gallegos" (19-20) —dirá el texto, contraponiendo ese patético estado a la obsesión por la *higiene* propia de los estadounidenses y amparada por la bandera de una cruz roja omnipresente en las emblemáticas fotografías (23)—. Narcisismo y presunción del nuevo orden, al que el viejo orden colonial se pliega como las palmas de coco, fascinado por ese mito del progreso al alcance de la mano... El repaso de los personajes de la foto sirve al narrador para ejemplificar quiénes son los entreguistas entusiastas del momento:

Policía montado, el poder público, señor de sombrero panamá, quizás el alcalde del pueblo, la pequeña burguesía acomodaticia, entonces, sólo entonces el mulataje, la negra y los anémicos jipatos de la ruralía que se inician en el civismo yanqui... (24).

... "la fotografía permanece como ruina de la personalidad y monumento del nuevo orden" (20). Un pueblo cuasibobalichón y deseoso de cambios, se entrega a un invasor, cuyo instrumento de docilización será las *paradas...* eternas fiestas con que embriagar a su gente. Las *criollitas* detrás de las *banderitas*

—y el diminutivo además de la ternura, implica la valoración de la Isla y sus habitantes por parte del invasor— sólo pueden oponer a los blondos alcoholizados el sudor tropical de un mundo que seduce y traga...

En la segunda parte del capítulo, Juliá compara las fotos de los soldados, teniendo como referencia intertextual la *Crónica de la Guerra Hispanoamericana*, de Don Ángel Rivero: el manco negro, orgulloso de la gesta en que perdió el brazo por defender la patria; el español, de mirada melancólica, cuyo modo de agarrar el Máuser premonitoriamente sugiere una suave decadencia; y el yanqui, agresivamente equipado, pero ¡paradojas del destino!... “arropados con una lana insoportable en un clima que es mezcla de lluvia, calor y humedad” (29). Todo una sociología de mundos que mostrarán su incompreensión hasta hoy y que habría que estudiar más despacio.

De cualquier forma, en esta recta final de siglo, las cosas no son como fueron. Tal vez sea lo que quiere advertir Rodríguez Juliá con ese texto doble que es *El cruce de la bahía de Guánica*: conmemoración del trauma para unos, fiesta-concurso yanqui en el aniversario de la invasión que —como es bien sabido— se realizó por este lugar geográfico. Los independentistas protestan con su pequeña movida; y el “carnaval colonial boricua” (14), que arrastra ya sus 86 años, sigue impertérrito su destino. El narrador autobiográfico —trasunto del propio Juliá que, como todos los años se ha desplazado allí para realizar la travesía ritual de la bahía— se sitúa en esa... “ardiente barriada de techumbres bajas” (11), con una foto del 98 por delante, para comentar con el destinatario lo absurdo y antiheroico del desembarco americano y la circunstancia puertorriqueña. Y lo hace desde la broma, desde la ironía, para desdramatizar lo que ha constituido un trauma en la historia del siglo veinte isleño:

El Gloucester fue el primero en violar la entrada a la bahía. Esperaba algún fuego. Los promontorios cercanos seguramente servirían para ocultar las baterías españolas. Pero sólo encontró un silencio onírico (...) Desembarcaron los marinos, se desplegaron las tropas para cubrir la playa; ni un sólo proyector de máuser español perforó la lancha de desembarco, que venía defendida por un cañón Colt automático de seis milímetros. En la casa oficial del cabo de Mar fue izada la primera bandera norteamericana. ¡Esto es el colmo, hombre!... (12-13).

El narrador situado en el tiempo presente se introduce en el texto para opinar, para tratar de comprender lo incomprensible... Es lógico que durante años el puertorriqueño medio haya sentido la necesidad de borrar la mancha, de cambiar radicalmente el rumbo de la historia. Eso es lo que hizo Luis López Nieves con su *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en Mayo de 1898*¹⁵, causando una revolución que llegó hasta Washington... Y ello se debió a que fue considerado un texto científico y “real” que modificaba la historia del desembarco americano en la Isla durante el 98. Vale la pena analizarlo un poco más detenidamente.

Se trata de un texto híbrido de apenas cuarenta páginas en su edición en libro. Tres niveles, tres tiempos, tres espacios expanden desde dentro una escritura que aprovecha viejos recursos narrativos: el *manuscrito encontrado* —en este caso, precedido de la carta del autor al director del periódico (15 de octubre de 1983)— en que le envía ocho cartas que su colega y amigo Víctor Cabañas le ha escrito a su vez, a lo largo de los casi tres años (14 de octubre del 78-14 de agosto del 81) dedicados —en Puerto Rico, Washington y España— a buscar la confirmación documental de una sospecha: antes de Guánica (25 de julio del 98) habría existido una primera invasión norteamericana, que fue rechazada con violencia. Su fecha: mayo del 98. Su lugar: Seva, pequeña aldea de nueva creación que habría opuesto... “una resistencia feroz, organizada y heroica, digna de nuestra guerra de independencia contra los británicos y a la altura de un Cid o un Wellington. Ni siquiera en Wounded Knee vi yo tantos actos heroicos como he visto en Seva” (30-31) —dirá el general americano en cuyo diario se consigna el hecho¹⁶—. En consecuencia, habrá que destruirla. Así se hará no sin completar la obra con una nueva alevosía: el viejo pueblo será enterrado bajo una base militar norteamericana; y se construirá en los alrededores un nuevo poblado bajo el nombre de *Ceiba* —el árbol tutelar indígena—. La similitud fonética *Seva/Ceiba* engañará a quienes indaguen en el futuro: nunca existió Seva; siempre fue Ceiba. Es el texto el que crea el referente y no al revés... Idea genial, brindada ¡cómo no! por Luis M. Rivera, padre del anexionismo colaboracionista que representa a todo un grupo social al que se acusa de forma transparente¹⁷.

Como ya se puede adivinar, el tercer nivel, el núcleo de esta caja china de sucesivos *relatos dentro del relato* corresponde al diario del invasor, el general Miles (5 de mayo-3 de agosto del 98). Ateniéndonos al mismo —que en la ficción descubre Víctor Cabañas—, Seva deberá ser destruido para que no quede ni rastro de la heroica resistencia del pueblo puertorriqueño... Y la eterna docilidad con que es definido no añada una nueva gesta —como las de Lares o el Cerro Maravilla— a la creciente épica que amenaza contradecirla. El supuesto diario de Miles lo deja muy claro:

...debemos borrar todo rastro de esta oposición (...) al otro día ordené que los fusilaran a todos. Terminamos de quemar y demoler lo poco que quedaba del pueblo (...) y lo borrarémos de todos los mapas. Me aseguraré, personalmente, de que este pueblo perezca para siempre y de que no pueda renacer convertido en una especie de Álamo (33)¹⁸.

López Nieves, como narrador en el texto¹⁹, denuncia la previsible desaparición de su amigo en la recta final de sus investigaciones. Éstas constituyen el grueso del relato, una auténtica novelita de suspense y aventuras presidida por el *fatum* funesto en que, como sucedía en el *Orbis tertius* borgiano, lo increíble se cuela subrepticamente por los intersticios de la realidad cotidiana. El suspense abre y cierra este nivel: “...intuyo que algo anda terriblemente mal.

En términos generales, creo que sé cuidarme y que nada me ocurrirá" ... (14). Más adelante dirá al amigo: "Ahora comienza la próxima y última etapa de mi investigación. Sospecho que también será la más peligrosa" (52). En este último ejemplo, resulta clara la bisemia de *última*: último deber cronológicamente hablando y última posibilidad en su lucha contra el Estado. El narrador convertirá en mártir a su amigo; y lo hará a través de los medios de comunicación:

Víctor, como también podrá ver, ha pagado un precio muy alto para probar que cuando los norteamericanos entraron a Puerto Rico el 25 de julio de 1898, por el pueblo de Guánica, no lo hicieron en la forma en que oficialmente suele describirse. ¡La invasión de Guánica fue la segunda invasión norteamericana! La primera, varios meses antes, fue por la costa este de la Isla y fracasó (12).

La verosimilitud del texto queda reforzada porque el protagonista de la aventura se presenta como amigo de Luis López Nieves... Pero además contribuye a ella la inclusión de una serie de documentos: cartas, mapas y cintas grabadas con el testimonio del único superviviente de la masacre.

Para concluir, quedaría por perfilar un asunto importante: ¿qué sentido tiene *Seva*? En palabras de Luis López Nieves... "*Seva* es una celebración, una apoteosis de la puertorriqueñidad viva e indócil (...). Quise inventar una leyenda, un mito y compartir la emoción de ésta con los lectores" (85)... Tal vez haya jugado con la ambigüedad, al publicar el texto sin epígrafes que lo encajonan y definan; y dar así lugar a la polémica. Pero su actitud y pretensiones están ahí, en la mejor línea de la literatura de compromiso:

Ahora sabemos que no somos dóciles ni impotentes y es obvio, por tanto, que necesitamos una literatura que evidencie esta nueva forma de vernos a nosotros mismos (95).

Estas palabras deben interpretarse en la línea de las tesis manejadas por Mario Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras*: la ficción compensa y modifica las limitaciones de la realidad. La utopía tiene su lugar porque las fronteras entre ficción y mundo real no son compartimentos-estancos: "...he leído tanta literatura, tanta historia, que se me han confundido y ya no puedo, ni quiero, diferenciar cuál es el real" (85).

Al cerrar este breve recorrido por la literatura puertorriqueña del siglo XX, me gustaría resaltar algo que parece evidente: me refiero a la distancia que separa el texto de José Luis González —realismo social, denuncia más o menos agresiva—, de aquellos otros de la *generación del setenta* presididos por el humor, la óptica irónica, el relativismo de la posmodernidad. El clima de fin de siglo tiñe la realidad isleña, una realidad que por otra parte es muy distinta a la de los primeros cincuenta años... Eso conlleva que incluso un texto como el de Luis López Nieves que presume de forjar una épica para dar sentido a la colectividad, no deje de ser un mero juego literario.

NOTAS

1. Ver al respecto Hobsbawm, Ramos, Bhabha, Anderson, González Stephan y otros, y González Stephan.
2. Así se titula el número 2 (1994) de *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, publicado por la Asociación de Latinoamericanistas Europeos y coordinado por François-Xavier Guerra y Mónica Quijada, con interesantes trabajos sobre nación/estado, identidad/aspiración a la soberanía política, nación cívica/civilizada/homogénea... cuestiones sobre las que el debate no se ha cerrado aún.
3. Título bajo el que se publicó el número 178-179 de la *Revista Iberoamericana* de Pittsburgh, correspondiente a ene.-jun. de 1997 y coordinado por Susana Rotker. Ésta es una de las revistas que suele marcar la pauta de la crítica literaria hispanoamericanista.
4. Caballero 1992a, 237.
5. *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce dans les deux Indes*. 1772. Es curioso que en este texto aparecen ya varios datos que reelaborarán después los narradores del siglo XX; datos históricos, por ejemplo, la comisión encargada a Bayoán para saber si los españoles son mortales o no, a causa de la cual es asesinado el capitán Salcedo. *Tres hombres junto al río*, de René Marqués lo recogerá a partir del revisionismo histórico en torno a la conquista. La insalubridad americana —otro de los tópicos de la *disputa del Nuevo Mundo*, desde Hegel hacia aquí, tan bien estudiada por Antonello Gerbi— se concreta en el *veneno y la hediondez pantanosa de América del Sur y Caribe*... Pero a pesar de esas limitaciones, Raynal alaba el “aire temperado y sano, los pequeños ríos, la fertilidad de los valles” y propone una utopía para Puerto Rico que podría salvarla de la “torpeza, estupidez, miseria y falta de laboriosidad de sus habitantes” —¡los auténticos males!— que España declare a Puerto Rico una isla neutral, que las tierras se distribuyan entre hombres emprendedores de todas las naciones europeas... Se adelanta así el proyecto civilizador sarmientino.
6. La primera traducción española en la Isla se debe a Julio Vizcarrondo: es una selección y apareció en 1863. En nuestro siglo, Eugenio Fernández Méndez editó el *Viaje*... en 1957 (San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña). El texto de Ledrú incide de nuevo en los males del país, a nivel de naturaleza y hombres.
7. Por supuesto con todos los límites que la moderna teoría literaria plantea a la caracterización de las generaciones según la propuesta de Petersen, Ortega, Salinas... Ver al respecto un buen estado de la cuestión en Rosa María Martínez de Codés. *El pensamiento argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1986.
8. Ver Lago Carballo.
9. Ver Caballero (1998a).
10. Ver “¡Llegaron los americanos! El 98 en la narrativa puertorriqueña”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 577-578 (julio-agosto 1998): 293-298.
11. La edición castellana —Barcelona: Emecé, 1996— siguió a la primera en inglés —1995—. La polémica está abierta ya que Rosario comienza a convertir en habitual este procedimiento y el tema de la lengua es caballo de batalla en Puerto Rico... Citaré en el texto por la edición castellana.
12. San Juan de Puerto Rico: Plaza Mayor, 1988. En adelante citaré por la tercera edición de 1992. Inicialmente se publicó como una serie de crónicas en *El Reportero*, de San Juan (1984).
13. *El cruce de la bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo)*. Río Piedras: Cultural, 1989. A efectos de lo que se estudia aquí interesa la primera, única que trata el 98 además de dar nombre a la recolección.
14. Ver Caballero 1992b.
15. Originariamente se publicó en el suplemento del periódico *Claridad* que lleva por título *En Rojo*, del 23 al 29 de diciembre de 1983. Como es bien sabido, “...generó una serie de reacciones en cadena sin precedentes en la historia literaria de Puerto Rico”. Ramos, Josean. *Crónica: Seva: un sueño que hizo historia* (en *Seva*..., op. cit., 59). ¿Las causas? El texto se consideró real, se abrieron investigaciones... porque de alguna manera —dijo *a posteriori* López Nieves— respondía a los

- deseos ocultos de muchos puertorriqueños. José Manuel Torres Santiago —quien llegó a escribir poemas sobre la gesta de Seva (*Apéndice 1*, 91-100 de la ed. citada)— lo define como... “el cuento más creíble de la literatura puertorriqueña” (76), ya que su autor consiguió convertirse en *vox populi* con una pieza literaria...
16. Podría realizarse una doble lectura del párrafo: mitificación épica de los naturales —el lector la deduce del texto— que, *a priori*, fueron tratados como indios objeto de exterminio dentro del marco de la cruzada civilizadora contra la barbarie.
 17. De hecho la invasión por Guánica —siempre según el diario del general americano— fue posible gracias a ese colaboracionismo: “nuestros agentes se han comunicado con varios puertorriqueños (sic) influyentes y éstos se han comprometido con nosotros, convencidos de la inevitabilidad de nuestro triunfo militar (...). Un político de cierta importancia, Luis M. Rivera, está dispuesto a cooperar (...). Nos ha informado, en cambio, que el pueblo más vulnerable en el momento es uno llamado Guánica” ... (27). El discurso en inglés de Rivera, tras el triunfo americano, subraya el entreguismo.
 18. La frialdad y barbarie norteamericanas se refuerzan con un detalle de la carta de Víctor Cabañas —21 de octubre del 79—: “¿recuerdas la famosa masacre de indios que se llevó a cabo en Wounded Knee el siglo pasado? Pues, sucede que el general Nelson Miles fue el oficial a cargo de ella”... (38).
 19. Constituyendo evidentemente el *relato primero* que se completa con la *posdata*, en la que dos años después plantea la denuncia: “Ahora le corresponde al gobierno explicar: ¿dónde está el doctor Víctor Cabañas?” (54).

OBRAS CITADAS

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E., 1993.
- Bhabha, Homi, ed. *Nation and Narration*. Londres: Verso, 1990.
- Caballero Wangüemert, María. “La problemática sociocultural de Puerto Rico en el siglo XX: un análisis narrativo”. *Actas del IX Congreso Internacional de Historia de América. Europa e Iberoamérica. Cinco siglos de intercambios*. Ed. M.^a Justina Saravia Viejo. Vol. 1. Sevilla: AHILA y Consejería de Cultura y Medio Ambiente (Junta de Andalucía), 1992. 235-254 (1992a).
- . “La llegada. Crónica con ficción”. *Puerto Rico ¿la más antigua colonia mundial? Una paradójica realidad*. Ed. Eugenio Suárez Galván. Madrid: CAPRE-Fundación Carvajal, 1998. 191-208 (1998a).
- . “¡Llegaron los americanos! El 98 en la narrativa puertorriqueña”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 577-578 (julio-agosto 1998): 293-298.
- . “Rodríguez Juliá. Una ojeada sobre Puerto Rico entre la burla y la compasión”. *Revista Iberoamericana* 58 (abril-junio 1992): 367-378 (1992b).
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo*. México: F.C.E., 1972.
- González, José Luis. *La llegada. Crónica con ficción*. Río Piedras: Huracán, 1997.
- González Stephan, Beatriz, ed. *Cultura y Tercer Mundo (2). Nuevas mentalidades y ciudadanías*. Caracas: Nueva Sociedad, 1996.
- , Javier Lasarte, Graciela Montaldo y M.^a Julia Daroqui, eds. *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Avila Latinoamericana/ Equinoccio, USB, 1995.

- Ferré, Rosario. *La casa de la laguna*. Barcelona: Emecé, 1995.
- Guerra, François-Xavier y Mónica Quijano, eds. *Cuadernos de Historia Latinoamericana* 2 (1994): 93-134.
- Hobsbawm, E.J. *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1995. Trad. de *Nations and nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Verso, 1990.
- Lago Carballo, Antonio. "La generación hispanoamericana del 98". *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*. Ed. Demetrio Ramos y Emilio de Diego. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1997. 49-58.
- Ledrú. *Viaje a la Isla de Puerto Rico*. 1810. Ed. de Eugenio Fernández Méndez. San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1957.
- López Nieves, Luis. *Seva. Historia de la primera invasión norteamericana de la Isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898*. Santurce: Cordillera, 1984.
- Martínez de Codes, Rosa María. *El pensamiento argentino (1853-1910). Una aplicación histórica del método generacional*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1986.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: F.C.E., 1989.
- Raynal. *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce dans les deux Indes*. 1772.
- Fundación y fronteras de la ciudadanía*. N.º monográfico de *Revista Iberoamericana* 178-179 (enero-junio 1997).
- Rodríguez Juliá, Edgardo. *El cruce de la bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo)*. Río Piedras: Cultural, 1989.
- . *Puertorriqueños. (Álbum de la Sagrada Familia puertorriqueña a partir de 1898)*. Madrid: Playor, 1989.